

COMPARTIMENTOS (LOTISSEMENTS)

L'Anneau d'Or, n.º 35, septiembre-octubre de 1950, pp. 310-311

Qué raros son quienes, en su vida, logran alcanzar la unidad: la mayoría de las existencias producen una impresión de fragmentación. Me hacen pensar irresistiblemente en esas grandes propiedades de los alrededores de París que han sido divididas en parcelas y que, vistas desde un avión, ya no son más que un mosaico de pequeños rectángulos cerrados por setos o muros.

Observen la vida de tantos hombres y mujeres: amor conyugal, educación de los hijos, profesión o tareas del hogar, responsabilidades sociales, vida cristiana; otros tantos ámbitos yuxtapuestos, casi independientes unos de otros. Entre esas actividades que los arrastran en todas direcciones, esos hombres y esas mujeres son zarandeados y desgarrados. Y su vida no alcanza ni el equilibrio ni la eficacia.

¿Qué les falta? Una gran pasión que, al mismo tiempo, lo ordene y lo anime todo.

Para algunos, esa pasión dominante será la ciencia, el arte, la promoción obrera... Para el cristiano, ¿cuál será? Cristo no deja lugar a elección: «Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma y con todas tus fuerzas». «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí». Y Cristo explica el amor que reclama: «El que me ama es el que cumple mi voluntad». He ahí esa pasión dominante alrededor de la cual todo debe gravitar en la vida del cristiano. Ya trabaje en el campo o en la fábrica, ame a su esposa y a sus hijos, milite en la política o en la Acción Católica, es la voluntad de Cristo la que, en todas partes y siempre, lo orienta, lo sostiene y lo impulsa; en una palabra, unifica su vida.

Desearía que tuvieran tiempo para releer las Epístolas de san Pablo, como lo hice este verano durante mis largos paseos solitarios por los bosques del Jura: lo que Cristo debe ser para el cristiano se les manifestaría con una luz deslumbrante. Permítanme que, para despertarles el apetito, les ofrezca algunas de esas palabras incandescentes que brotaban del corazón del Apóstol.

En la vida hay que optar. Pablo lo hizo: «¿Busco ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿Trato de agradar a los hombres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, no sería servidor de Cristo» (Gál 1,10). «He aceptado perderlo todo... para ganar a Cristo» (Flp 3,8).

Pablo no es hombre de medias tintas ni de amores cautelosos; sólo sabe entregarse totalmente, locamente: «Somos insensatos por Cristo» (1 Co 4,10). La caridad de Cristo habita en él: «El amor de Cristo me apremia» (2 Co 5,14). «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La espada?... Pero en todo esto somos más que vencedores» (Rm 8,35-37).

En efecto, los sufrimientos no le son ahorrados. Con frecuencia conoce la angustia. Pero reacciona: «Sé en quién he puesto mi confianza» (2 Tm 1,12).

Cristo es el polo, el único polo de su vida: «No es que ya haya alcanzado la meta o que sea perfecto; continúo mi carrera para tratar de alcanzar a Cristo Jesús, porque yo mismo he sido alcanzado por Él... Sólo una cosa me importa: olvidando el camino recorrido y lanzándome con todo mi ser hacia lo que está por delante, corro derecho hacia la meta...» (Flp 3,12-14).

Con una sola frase lo dice todo:

«Para mí, vivir es Cristo» (Flp 1,21).

Henri Caffarel